



El Dios perdonador

Un sermón de George Müller de Bristol

Discurso de George Müller en la Conferencia de Cristianos en Clifton, el 6 de noviembre de 1866.

“El que perdona todas tus iniquidades; el que sana todas tus dolencias; el que redime tu vida de la destrucción; el que te corona de favores y tiernas misericordias; el que sacia tu boca de bien, de modo que tu juventud se renueve como la de las águilas” (Salmo 103:3-5)

Debemos notar particularmente en este Salmo que leí, el énfasis que el salmista pone en la alabanza: “Bendice, al Señor (o a Jehová), oh alma mía, y todo lo que hay dentro de mí”. Su alma se dedica al servicio - ¡Toda ella! Los afectos de Su corazón, los poderes de Su mente - ¡Todo! A esto es a lo que aspiramos. No es que no demos gracias al Señor; confío en que sí, sino que somos cada vez más de un carácter espiritual, que más cada vez el corazón se comprometa, que todo lo que hay dentro se ocupe de alabar, adornar y magnificar al Señor. Luego hay un añadido notable a esto: “Bendice su santo nombre”. Esto es solo en lo que los creyentes pueden participar. En nuestra naturaleza no nos importa la santidad de Dios. De forma natural, al hombre le gusta gratificarse a sí mismo y desearía que Dios fuera como él. El atributo de la santidad es el último, que de modo natural, nos importa. Pero cuando nacemos de nuevo, cuando somos renovados, cuando tenemos vida espiritual, se engendra en nuestro corazón un anhelo de santidad, y nos regocijamos en el hecho de que Dios es un Ser santo. Entonces tenemos la perspectiva de algún día ser como Él. Solo un hijo de Dios tiene un interés real en admirar la santidad de Dios y rendirle alabanza por ello. Luego, el salmista agrega, en el segundo versículo: “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios”. Estamos en peligro de olvidar las misericordias de Dios. Estamos dispuestos a hablar de nuestras pruebas, nuestras dificultades, nuestros duelos, nuestras cruces; pero ¿estamos igualmente dispuestos a hablar y admirar la bondad de Dios y sus misericordias de innumerables formas que se nos han otorgado todos los días de nuestra vida? Esto le preocupaba especialmente al salmista. Ahora vayamos a nuestro texto:

“El que perdona todas tus iniquidades”. Esta es la primera bendición que enumera el salmista. La primera misericordia de la que especialmente deseaba no olvidarse. Nota particularmente que entre todas las bendiciones esta es la primera. ¿Y no es esta la mejor bendición que hemos recibido? ¿Hay una sola bendición que se pueda comparar con esta? ¿Qué son todas las bendiciones de negocios, y son algo por lo que estar agradecido, en comparación con el perdón de nuestros pecados? ¿Qué es toda la paz y la tranquilidad en la familia, y esto también es algo por lo que estar agradecido, en comparación con el perdón de nuestros pecados? ¿Cuál es la solidez de la salud del cuerpo, por lo cual debemos estar agradecidos, en comparación con el perdón de nuestros pecados? ¿Cuál es el vigor y la fuerza de la mente con las que somos bendecidos, en comparación con el perdón de nuestros pecados? No es nada en comparación con ello. El salmista trae esta

bendición primero porque es la más selecta, la más importante y la más preciosa que un ser humano puede tener.

Permitidme preguntaros con afecto: ¿Hemos obtenido todos el perdón de nuestros pecados? ¡Ese es el punto! ¡Ese es el punto! ¿Somos todos pecadores perdonados? Todos somos pecadores, sin excepción. ¿Somos todos pecadores perdonados? ¿Hemos obtenido todos el perdón de nuestros pecados? ¡Ese es el punto! No tengo ninguna duda de que aquí lo han hecho muchos centenares; pero al mismo tiempo no puedo evitar sentir que hay muchos que no lo han hecho. Ahora bien, este es el punto trascendental: ¿A cuál de las dos clases pertenecemos? ¿Pecadores perdonados, pecadores con una carga de culpa eliminada; o pecadores no perdonados, incapaces de mirar a Dios en paz, con calma, mediante la expiación del Señor Jesucristo? Pregúntate ante Dios: ¿A qué clase pertenezco? Si no me perdonan, no tengo paz, no puedo mirar hacia la eternidad con paz y calma, y no sé cuál será el final de mi carrera. Es una cosa terrible seguir día a día sin perdón.

Esto lleva a la pregunta: ¿Cómo podemos obtener el perdón de nuestros pecados? Simplemente aferrándonos por fe a la expiación del Señor Jesucristo. Dios, en las riquezas de Su gracia, en lugar de enviarnos al lugar de perdición, como lo merecíamos, puso todo el castigo debido a nuestras innumerables transgresiones sobre Su Hijo el Señor Jesucristo. A Él lo envió al mundo, para que en nuestro lugar obtuviera para nosotros la justicia en el cumplimiento de toda la ley de Dios, para que Dios mire a los pobres pecadores culpables que confían en Él como si hubieran vivido la vida santa y sin mancha del Señor Jesucristo. El pecador creyente, de pie ante Dios en la justicia de Cristo, escondiéndose - como lo hace - en la justicia del Señor Jesucristo obrada para el pobre pecador que confía en Él, es aceptado por Él. En nuestro lugar, el Señor Jesús llevó cada ápice del castigo que nosotros, los pecadores malvados y culpables, deberíamos haber soportado. Ahora Dios espera que no hagamos algo para completar la obra de la salvación, sino que aceptemos lo que Él tan gentilmente provee para el pecador en la persona de Su Hijo, cuya justicia Él acepta por el pecador.

Pero cuando el pecador cree en el Señor Jesucristo, comienza una vida diferente; busca agradar a Cristo, busca adornar su doctrina, busca andar de acuerdo con su mente. Él hace esto no para ser salvo por eso, ni para contribuir a la obra del Señor Jesucristo, sino que habiendo sido salvo por la fe, habiendo obtenido el perdón y habiendo sido aceptado en la justicia del Señor Jesucristo hecha por los pecadores, busca agradar a Dios. Esta es la manera de obtener el perdón, simplemente confiando en Jesús, creyendo así en Él. Quien hace esto, obtiene el perdón.

Otro punto importante es el conocimiento de nuestro perdón. No debemos esperar este conocimiento hasta que muramos, y mucho menos debemos esperarlo para el día del juicio. La bendición se tiene ahora, se conoce ahora, es algo que se disfruta ahora. Quien no lo tiene no puede ser muy feliz por mucho tiempo. Esto es lo que trae la paz y el gozo del Espíritu Santo al corazón: el conocimiento de que, por malos y culpables que seamos, nuestros pecados son perdonados. Mis amados amigos cristianos, ¿disfrutamos todos el perdón de nuestros pecados? Confío en que nadie diga que no se puede conseguir. Seguro que se puede. Esta fue la bendición de la que gozaron los primeros cristianos. Sabían en

quién creían; que en Él tenían “redención por su sangre, el perdón de pecados”. Hicieron que se llevara esa declaración acerca del Señor Jesucristo: “De él dan testimonio todos los profetas, que por su nombre todo aquel que en él cree, recibirá remisión de los pecados”. Para que todo pobre pecador que crea en Jesús obtenga el perdón de los pecados. Verdaderamente es una bendición tener esto ahora. Si alguno de vosotros no tiene esta bendición, no le dé descanso al Señor hasta que sepa que sus pecados están perdonados. Verdaderamente es para tenerlo y disfrutarlo ahora, porque la salvación trae consigo la bendición presente. Esta es una de las bendiciones relacionadas con nuestra fe en el Señor Jesucristo: obtener el conocimiento del perdón.

Observa además la declaración del salmista, que no dice: “El que perdona algunas de tus iniquidades, sino todas”. Eso es tan precioso. No es que quinientos de nuestros pecados sean perdonados, o cinco mil, sino cada uno; de modo que, aunque sean innumerables, todos sean perdonados. Solo piensa: viles, culpables como somos, cada pecado de todo el que cree en el Señor Jesucristo es perdonado. ¿Lo disfrutas? Disfruto del perdón de mis pecados. No porque tenga sentimientos muy fuertes. No me apoyo en los sentimientos. Yo tomo a Dios en Su Palabra. Descanso en Su Palabra: “Todo aquel que en él cree, no se perderá, más tendrá vida eterna”. Creo en Jesús, por eso he sido perdonado. No he tenido sueños ni visiones al respecto. Algunas personas piensan que a menos que por alguna extraña visión u otra vean a Jesús suspendido en la cruz en algún rincón de la habitación, deben permanecer en la duda. No he tenido tal visión. Durante cincuenta años nunca he tenido ni un minuto de duda sobre el perdón de mis pecados. Durante estos años he sido un creyente, y durante todo este tiempo la palabra a la que me he referido, y en la que me apoyo, está escrita en el Libro, y por él conozco que mis pecados son perdonados. Todo creyente que esté dispuesto a aceptar la Palabra de Dios tiene derecho a verse a sí mismo como un pecador perdonado. Es una bendición, una gran bendición, saber que todos nuestros pecados son perdonados. Supongamos que ahora nuestros pecados fueran solo 9090, y supongamos que tuviéramos el perdón de 9089, solo un pecado sin perdón. ¿Entonces qué? Este único pecado nos llevaría al lugar de la perdición. No se puede jugar con el pecado. Debemos estar perfectamente sin pecado, ocultándonos en los méritos del Señor Jesucristo y completamente perdonados; o somos inmundos y no podemos entrar en su presencia. Por tanto, mira la bienaventuranza de esta declaración del salmista: “El que perdona todas tus iniquidades”. ¡Todas se han ido! ¡Oh, la bendición de esto! ¡Todas se han ido! Pongamos nuestra confianza en el Señor Jesucristo para la salvación de nuestras almas.

Llega ahora un punto al que quiere referirme particularmente, para la instrucción de los cristianos, y especialmente de los jóvenes creyentes. Leemos, “El que perdona”. Esto muestra que el perdón es algo que está sucediendo ahora. Los cristianos pueden decir: A veces tenemos declaraciones en el Nuevo Testamento como si todos nuestros pecados fueran perdonados, y otras veces como si necesitáramos obtener el perdón; y este pasaje, “el que perdona”, parece decir como si el perdón estuviera en curso. La explicación es la siguiente. En la posición en la que nos encontramos como pecadores, siendo naturalmente criminales culpables, en el momento en que creemos en el Señor Jesucristo obtenemos el perdón de todos nuestros pecados; y en el asunto de nuestra salvación, la cosa está hecha de una vez por todas. Pero luego pasamos de la antigua relación de los criminales culpables hacia el Juez justo, a la posición de los hijos; y en esta relación de hijos, aunque el

asunto de nuestra salvación está resuelto, sin embargo, en relación a lo de ser hijos, siempre que fallamos, que es más o menos el caso día a día, y el Espíritu Santo nos hace conscientes de nuestro fracaso, tenemos que reconocer ante Dios, con sencillez infantil, que de tal manera no nos hemos portado bien, que esto lo hemos dejado sin hacer, o lo hemos hecho indebidamente. Con sencillez infantil debemos confesarnos ante el Señor; luego viene esta palabra: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”; y hay una necesidad del oficio de Sumo Sacerdote del Señor Jesucristo. En cuanto al asunto de nuestra salvación, cuando murió, pudo decir: “Consumado es”; y luego ascendió como el gran Sumo Sacerdote, para señalar todavía en nombre del pecador la eficacia de Su sangre. Es en este último sentido - nuestra posición de hijos - que necesitamos hacer confesión cada vez que nos equivocamos o fallamos, para obtener el perdón paternal que nos concede; y esto será tan seguro como lo confesamos. Confío en que esta será la explicación para mis queridos amigos cristianos.

“El que sana todas tus dolencias”. Esta es la siguiente bendición de la que el salmista deseaba tener consideración. Aquí no queremos decir que las enfermedades del cuerpo estén excluidas; porque si alguien se cura de alguna enfermedad del cuerpo, no es por la habilidad del médico, o por el carácter poderoso de la medicina, sino por la bendición de Dios sobre la habilidad del médico. Aun así, juzgo que el punto especial al que se refiere aquí es la enfermedad espiritual. Recuerda lo que dijo Isaías al comienzo de sus profecías: “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay sanidad, sino heridas, magulladuras y llagas putrefactas”. Todos sabemos que eso no se refería a los cuerpos de los israelitas, que no se encontraban en ese estado repugnante en cuanto al cuerpo, sino que la referencia era a sus enfermedades espirituales. Ese es el caso con respecto a todos los pecadores, en todo tiempo, y bajo todas las circunstancias. Si somos puros espiritualmente, debe venir del Señor. Ahora tenemos aquí que recordar particularmente que el pobre pecador que confía en el Señor Jesucristo, el momento en que lo hace es inconscientemente, por así decirlo, poniéndose bajo el infinitamente sabio y bondadoso Médico. Ese Bendito lo lleva y lo mete en Su propio hospital, Su propia enfermería, y no lo deja ir hasta que esté perfectamente curado. Y como todos vosotros sabéis, no hay tal cosa como el alta de ese hospital o enfermería a causa de una enfermedad incurable, como suele ser el caso entre los hombres; sino que se cuida al paciente hasta que esté completamente libre de la enfermedad espiritual. Esta misma reunión tiene la intención, con la bendición de Jesús, de hacer algo por esa cura, de ayudarnos a salir del estado de enfermedad. Y esta es la perspectiva del más débil: que tan ciertamente como él cree en Jesús, tan ciertamente como no está viviendo voluntariamente en el pecado, tan seguramente será finalmente llevado a ese estado en el que estará completamente libre del pecado. Hemos sido aprehendidos por Dios para ser conformados a la imagen de Su Hijo, para ser al fin totalmente semejantes a Él, completamente santo; totalmente libre de enfermedades espirituales. El orgullo desaparecerá por completo; la irritabilidad, la codicia, la mentalidad mundana, todo desaparecerá. Seremos amables y gentiles, puros y santos, como Jesús. ¡Oh, bendita perspectiva! Que Jesús no nos abandonará hasta que estemos completamente libres de nuestras enfermedades espirituales. Entonces se cumplirá esto: “El que sana todas tus dolencias”. Tal es su disciplina y cuidado, que día a día se haga algo para esta curación completa, y debemos decirnos a nosotros mismos: ¿He progresado hoy? ¿Estoy un poco más libre de enfermedades hoy que ayer? ¿Soy algo más conforme a Jesús hoy? En el nuevo año deberíamos decir: ¿He avanzado más durante el

último año que el anterior? Porque la voluntad del Señor con respecto a nosotros es que seamos como Jesús al final; y que la voluntad de Dios solo necesite ser presentada ante nosotros, e instantáneamente en lo más íntimo de nuestra alma estemos listos para hacerla. El Salmista deseaba estar agradecido con Dios porque estaba llevando a cabo esta curación.

“El que redime tu vida de la destrucción”. Esto es cierto de varias formas. Con respecto a la vida natural – si Dios no velara por nosotros, ¿qué sería de nosotros? Estamos constantemente expuestos a la pérdida de nuestra vida. Esto es particularmente cierto en el caso de los niños pequeños. Cuando miras a los niños pequeños en las cercanías del Tabernáculo, por docenas, y los carros y carruajes que pasan, quién no ve que Dios los cuida. Cuán cierto en cuanto a la vida natural: “El que redime tu vida de la destrucción”. Luego, cuando emprendemos un viaje, cuán expuesta está nuestra vida al peligro. Y aunque no hagamos ningún viaje, sino que nos acostemos en nuestras camas, estamos continuamente expuestos a la pérdida de nuestra vida. ¡Cuántas veces se ha caído una pila de chimeneas y la gente ha sido aplastada instantáneamente! Pero hay más en esto. Toda nuestra vida debería ser para la gloria de Dios. Ahora, a menos que hayamos creído en Jesús, ya sea en cuanto al Mesías que había de venir, o en Aquel que ha venido, esta vida que se nos ha dado se habría consumido en el infierno. De hecho, nuestra vida ha sido redimida de la destrucción. Pero en referencia a aquellos que aún no son creyentes en el Señor Jesucristo, su vida, dada a ellos para la gloria de Cristo, y para que la disfruten por toda la eternidad, aún es susceptible de ser consumida en el infierno. Procura que tu vida sea redimida de la destrucción; porque a menos que tú seas un creyente en el Señor Jesucristo, aún no es completamente cierto que tu vida haya sido redimida de la destrucción. Además: nosotros que somos creyentes en el Señor Jesucristo, que deseamos vivir para Cristo, supongamos que hemos nos hemos dejado a nosotros mismos desde que creímos. Deberíamos haber regresado. Le debemos a la gracia, la misericordia y la fidelidad de Dios que estemos este día del lado del Señor y que no hayamos vuelto al mundo. Por lo tanto, cuán profundamente importante es sentirnos agradecidos por haber sido apoyados y tener la palabra: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la cumplirá hasta el día de Jesucristo”, y que nunca nos dejará ni nos desamparará. ¡Cuán bendita, cuán gloriosa esta perspectiva!

“El que te corona de favores y tiernas misericordias”. Esta fue la siguiente misericordia por la que el salmista deseaba estar especialmente agradecido. Deberíamos tener una comprensión clara de la figura que se utiliza aquí. Siempre que se emplee una figura en las Escrituras, debemos procurar tener una comprensión clara de ella, para poder saber cuál es el significado de la verdad espiritual expresada debajo de ella. La figura aquí es “coronamiento”. Todos sabemos con respecto a la coronación, que no se corona ni una docena de personas en un país, ni media docena, sino que se señala a un individuo, en cuya cabeza se coloca la corona como señal de honor y poder. Pero este individuo señalado, sacado del resto, es colocado en esta posición de honor y poder por la corona puesta en la cabeza. Precisamente así nos trata nuestro Padre celestial a los que creemos en el Señor Jesucristo, no somos ni un ápice mejor que los más viles. Somos tan malvados como los pobres prisioneros en Cut, en Bridewell o en Lawford’s Gate. Somos tan malos en nosotros mismos como ellos, tan malos como los más viles de la ciudad. Cuando veamos a borrachos o prisioneros atrapados por los policías, deberíamos decir: Si

no fuera por la gracia de Dios, ahora sería un borracho. Si no fuera por la gracia de Dios, estaría en manos de esos policías. Y en esto nunca deberíamos perderlo de vista hasta el final: que el corazón se llene de amor y gratitud a Dios cada vez más, y al Señor Jesucristo cada vez más, más y más; porque si nos hubiéramos quedado solos, habríamos estado revolcándonos en el pecado y en un estado mucho peor. Y es este punto particular al que el salmista se refiere cuando dice: “Te corona de favores y tiernas misericordias”. Misericordia significa gracia. En el Antiguo Testamento, viniendo al hebreo, significa gracia. Es la gracia y la misericordia de Dios por lo que estamos en deuda. Si no fuera por la gracia y la misericordia de Dios deberíamos ser como lo más viles de entre los viles. Todo esto debemos tener en cuenta para mantenernos alejados de la altivez y no pensar que somos mejores que los demás, para que el corazón pueda permanecer lleno de amor y gratitud al Señor Jesucristo.

Ahora queda una misericordia más por la que el salmista deseaba estar agradecido.

Precioso Señor Jesucristo, usa ahora la boca de Tu siervo; dirige por Tu Espíritu a Tu pobre siervo para que resalte esos mismos puntos que los amados discípulos necesitan especialmente para ayudarlos. Ayuda a Tu siervo, y deja que la Palabra venga, no solo en palabras, sino en el poder del Espíritu Santo, para que no sea olvidada hasta el final de la vida de estos amados discípulos aquí. Y tu siervo lo pide por amor a tu amado nombre.

“El que colma de bienes tu boca, de modo que tu juventud se renueve como la del águila”. Fijaos de nuevo en la figura: las viejas águilas arrojando sus plumas; y una vez hecho esto, su fuerza es verdaderamente renovada, y se vuelven fuertes y poderosas nuevamente. Con los avanzados en años, este era el caso. Así, el salmista, mirándose a sí mismo, admiró lo que el Señor había hecho por él. No se refiere a la comida, aunque esté incluida; y por cada migaja de pan y cada gota de agua deberíamos estar sumamente agradecidos, porque el cuerpo es fuerte y vigoroso a través de la comida que se nos da. El salmista quiso decir que su boca se saciaba de cosas buenas, como la del águila, a través de la mediación de la buena comida. Pero más que esto; se refirió al alimento espiritual, a través del cual su fuerza espiritual fue renovada. Ahora, amados amigos cristianos, este es el punto trascendental. No hay necesidad de que los creyentes de avanzada edad se vuelvan cada vez más sin vida, descuidados y mundanos. A medida que el salmista envejecía, no se volvió muy mundano, no se volvió sin vida, frío y carnal, sino que su fuerza espiritual fue renovada. Así puede ser con nosotros. Es un error suponer que durante dos o tres años después de la conversión podemos estar en un estado saludable y animado; y después de haber conocido al Señor cinco o diez años, podemos esperar volvernos fríos, muertos y formales, y regresar poco a poco. Lo contrario es posible, y debe serlo; y si no, no estamos viviendo para alabanza y gloria de Dios. El salmista en sus años avanzados estaba más feliz en el Señor, más espiritual; tenía más poder espiritual y vigor al final que al principio. ¡Oh! Mis amados hermanos y hermanas menores, tenéis ante vosotros, no la perspectiva de días aburridos y miserables, sino de días más brillantes y felices.

Y aquí doy, para el honor y la gloria de Dios, mi propio testimonio. Soy más feliz ahora, después de haber sido creyente durante casi cincuenta y un años, que hace cincuenta; más feliz de lo que era hace cuarenta, treinta, veinte y diez años. A medida que pasa el tiempo, mi paz, gozo y felicidad en el Señor han aumentado más y más, en lugar de

irse cada vez más. ¿Por qué me refiero a esto? No para jactarme, porque todo es por la gracia de Dios; sino para animar a mis hermanos en la fe más jóvenes a esperar cosas mayores del Señor, quien se deleita en dar en abundancia. Y como cantamos a veces: “Más y más, más y más”, aún hay más por venir. Busquemos esto, porque Dios se deleita en dar más gracia. Es el gozo y el deleite de Su corazón dar más y más. ¿Por qué no debería ser así? ¿Por qué no deberíamos tener las mejores cosas en la última parte de la vida? ¿Dios ha cambiado? ¡Lejos de eso! ¿Ha cambiado la Biblia? ¡No! Tenemos la misma bendita Palabra. ¿Es menor el poder del Espíritu Santo? Muy diferente es la cosa; ¡nada de eso! El Señor Jesucristo está siempre dispuesto a bendecir. La Palabra que tenemos ahora es toda la revelación. Y nuestro Padre celestial tiene el mismo corazón para con Sus hijos. Por lo tanto, no hay nada que impida que seamos más felices con el paso del tiempo. Si no somos más felices, ¿cuál es la razón? Debe haber una razón, y deberíamos preguntarnos por qué no nos estamos volviendo más y más felices.

Ahora, con amor y afecto fraternos, daría algunas pistas a mis compañeros creyentes más jóvenes en cuanto a la manera de mantener el disfrute espiritual. Es absolutamente necesario, para que la felicidad en el Señor continúe, que las Escrituras se lean con regularidad. Estos son los medios designados por Dios para la alimentación del hombre interior. Si se descuida la Palabra de Dios, no está progresando, sino que es un bebé espiritual y lo sigue siendo. Esto no es todo. ¡Se convertirán en enanos espirituales! ¡Te convertirás en enano espiritual! En lugar de vivir para la gloria de Dios, vivirás para deshonrarlo. Verás, nos quedamos aquí después de la conversión para vivir en beneficio del mundo. Solo unos pocos de los hijos de Dios son llevados al cielo directamente después de su conversión, sino que se les deja vivir por un tiempo aquí para gloria de Dios. Esto no puede suceder a menos que nos entreguemos regularmente a la Palabra de Dios, a menos que vayamos a ella día a día y oremos a través de ella. Debemos considerarlo y reflexionar sobre ello, en referencia a nuestros propios deseos. Pero especialmente debemos leer las Escrituras con regularidad, de forma consecutiva, y no escoger aquí y allá un capítulo. Si lo hacemos, seguiremos siendo enanos espirituales. Te lo digo con mucho cariño. Durante los primeros cuatro años después de mi conversión no hice ningún progreso porque descuidé la Biblia. Pero cuando leí regularmente todo el contenido con referencia a mi propio corazón y alma, realicé un progreso directo. Entonces mi paz y alegría continuaron cada vez más. He estado haciendo esto durante cuarenta y siete años. He leído toda la Biblia unas cien veces y siempre la encuentro fresca cuando la comienzo de nuevo. Así, mi paz y mi alegría han aumentado cada vez más. Ahora, pensadlo, amados hermanos y hermanas menores en particular, y digan: Déjame vivir para la gloria de Dios. Y si has llegado a la mediana edad y has descuidado leer así la Palabra de Dios, comienza ahora con fervor; y si lees así con oración y aplicación a tu propio corazón, y buscas practicar lo que encuentras, tu paz y gozo aumentarán cada vez más, más y más; y se dirá de ti: “Tu juventud se renueva como la del águila”. ¡Cuán brillantes son las perspectivas de la eternidad cuando nos aferramos a la preciosa Palabra! ¡Que el Señor nos conceda que podamos hacerlo individualmente!

Pero, ¿hay algún querido amigo aquí que aún no haya obtenido el perdón? Si lo hay, que se pronuncie ahora sobre sí mismo, que se condene ahora a sí mismo como pecador culpable, y que ponga toda su confianza para la salvación en el Señor Jesucristo, a través de quien únicamente la obtendrá.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org